

podrías decirme quiénes son esas Lobas.—Os diré lo que sé.  
—Es cuanto puedo exigirlos.

Apoiada entonces la mano en el arzón de la silla, el conde de Bonneville relató á Petit-Pierre la especie de leyenda que circulaba en el Loira-Inferior y en los departamentos circunvecinos acerca de las dos herederas del marqués de Souday, sus cazas de día, sus correrías nocturnas, y las aurias de fantásticos ladridos con las cuales perseguían los lobos y los jabalíes. Encontrábase el conde en lo más dramático de la leyenda, cuando de repente descubrió las torrecillas del castillo de Souday, é interrumpiendo su relato anunció á su compañero que habían llegado al término del viaje. Figurándose Petit-Pierre que iba á ver alguna cosa por el estilo de las brujas de Macbeth, apelaba á todo su valor para entrar en el terrorífico castillo, cuando al doblar el sendero avistó á la puerta del mismo dos sombras blancas que al parecer estaban esperando, y detrás de ellas á un hombre de rudo semblante y rústico traje con una antorcha en la mano. Petit-Pierre dirigió una medrosa mirada á Berta y á Mary, que advertidas por el barón, habían salido á recibir á los dos viajeros, y vió á dos doncellas encantadoras, rubia la una, de ojos azules y rostro angelical, la otra de ojos y cabellos negros, altivo semblante, y ambas de bondadosa y risueña fisonomía. Apeóse Petit-Pierre y acercóse con Ramo de oro á las jóvenes.

—Señoritas, mi amigo el barón Michel me ha hecho concebir la esperanza de que el marqués de Souday vuestro padre se dignaría concedernos hospitalidad.—Mi padre está ausente, caballero, contestó Berta; y puedo aseguraros que sentirá infinito no haberos podido recibir él mismo, pues es muy amante de esta virtud, y son hoy día muy raras las ocasiones de practicarla.—Pero no sé, señorita, si Michel os ha dicho que esta hospitalidad puede ser peligrosa, pues mi joven camarada y yo estamos casi proscritos, y quizá la persecución sea la única recompensa del asilo que nos ofrecéis.—Venís en nombre de una causa que es la nuestra, caballero; os habríamos recibido aunque hubieseis sido extranjeros para nosotras; proscritos y realistas, bienvenidos seáis, aunque entren con vosotros la muerte y la ruina en nuestra pobre morada. Si mi padre estuviese aquí os hablaría en los mismos términos.—El barón Michel os habrá dicho mi nombre; faltame haceros saber el de mi compañero.—No os lo preguntamos, caballero; vuestra calidad vale para nos-

otras mucho más que vuestro nombre, cualquiera que sea, pues sois realistas y estáis proscritos por una causa en cuya defensa, aunque mujeres, derramaríamos nuestra sangre. Entrad en esta casa, que en verdad no es rica ni suntuosa, pero en la cual hallaréis discreción y fidelidad.

Y con nobilísimo ademán invitó Berta á los forasteros á traspasar los umbrales del castillo.

—Bendito sea S. Julián, dijo Petit-Pierre al oído de Bonneville, hé aquí en una pieza el castillo y la choza entre las cuales queríais que eligiese. Estoy altamente prendada de las Lobas.

Luego traspuso la poterna inclinando leve y graciosamente la cabeza ante las dos hermanas. El conde de Bonneville la siguió. Mary y Berta hicieron un amistoso saludo á Michel, y ésta le tendió la mano; pero Juan Oullier empujó tan violentamente la puerta, que el pobre muchacho no tuvo tiempo para cogerla. Quedóse parado algunos momentos contemplando las torrecillas del castillo que se destacaban sobre el fondo oscuro del firmamento y las ventanas que se iluminaban sucesivamente, y alcjóse.

En cuanto hubo desaparecido, salió de los matorrales un personaje que había asistido á esta escena llevado de un interés muy distinto del que animaba á los demás actores. Era Courtin, quien después de cerciorarse de que no había nadie en torno, siguió el camino por el cual se había marchado su amo para volver á la Logerie.

Las dos de la madrugada serían cuando el baroncito llegó al extremo de la avenida que conducía al castillo de la Logerie. Sosegado estaba el aire, y el silencio de la noche, turbado tan sólo por el sordo murmullo de los álamos, habíale sumido en un profundo ensimismamiento. Ocioso es decir que pensaba en las dos hermanas, y especialmente en Mary, quien le inspiraba tanto amor como respeto.

Mas cuando al extremo de una oscura alameda, bajo cuya frondosa bóveda andaba, divisó á quinientos pasos de distancia las ventanas del castillo, en las que rielaba la luna, desvaneciéronse las lisonjeras ilusiones del pobre barón, tomando sus ideas una dirección más positiva. A los dos encantadores semblantes que hasta entonces le acompañaran en su solitario paseo, sucedió en su imaginación el severo rostro de su madre, y ya sabemos el temeroso respeto que la baronesa infundía á su hijo.

El joven se paró. Si por aquellos alrededores hubiese encontrado una casa ó una posada donde albergarse, era tal su temor, que no habría vuelto al castillo hasta el día siguiente. Era la primera vez, nó que dormía fuera de casa, sinó que se atrevía á regresar tan tarde, y conocía instintivamente que su madre sabía su ausencia y le estaba esperando. ¡Qué contestar cuando le preguntase de dónde venía.

Sólo Courtin podía proporcionarle un asilo; pero entonces habría sido preciso revelárselo todo, y el joven no ignoraba cuán peligroso es tomar por confidente á un hombre como Courtin. Decidióse pues á arrostrar el enojo maternal, como el reo que no pudiendo obrar de otro modo se decide á arrostrar el cadalso, y siguió andando; mas á medida que se acercaba al castillo sentía decaer su ánimo.

Cuando se encontró al extremo de la avenida y tuvo que andar al descubierto por el césped; cuando vió la ventana del aposento de su madre que se destacaba en la oscura fachada del castillo, el valor le abandonó por completo. No le habían engañado sus presentimientos: la baronesa le estaba aguardando.

Desvanecida la resolución del mancebo, movió el miedo todos los resortes de su imaginación, y le sugirió la idea de recurrir á un ardid con el cual podía, si no eludir la cólera de su madre, á lo menos retardar su explosión. Torció á la izquierda, y siguiendo un seto llegó á la pared de la huerta, la escaló, atravesó el huerto y pasó por la puerta que daba al parque. Una vez allí, gracias al espeso follaje podía acercarse al castillo sin ser visto. Hasta entonces todo había ido á pedir de boca; pero aun quedaba lo más difícil: era encontrar una ventana que los criados hubiesen dejado abierta, para penetrar en la casa y luego en su aposento.

El castillo de la Logerie consistía en un gran cuerpo cuadrado y flanqueado por cuatro torrecillas de idéntica forma. La cocina y sus dependencias eran subterráneas, los salones estaban en los bajos, los aposentos de la baronesa en el primer piso, y los de su hijo en el segundo.

Michel dió la vuelta á tres lados del castillo andando de puntillas y pegado á la pared, empujando con tiento todas las ventanas y puertas, mas puertas y ventanas permanecieron inmóviles. Faltaba explorar la fachada, lo cual era más peligroso, pues además de que en aquel lado no había la arboleda que rodeaba el resto del castillo, estaba abierta

la ventana del dormitorio de la baronesa. Con todo, pensando Michel que lo mismo daba ser reconvenido fuera que dentro, resolvió llevar á cabo su intento. Empezaba por lo tanto á asomar la cabeza por la esquina de la torrecilla y disponíase á doblarla, cuando de pronto divisó una sombra que se deslizaba cautelosamente por el césped: esta sombra indicaba la presencia de un cuerpo. Michel se detuvo, y observando con suma atención al recién venido, vió que tomaba el camino que él también hubiera seguido si hubiese pensado entrar directamente en el castillo; echóse atrás y agachóse á la sombra de la torrecilla. Entre tanto el hombre iba acercándose, y cuando sólo estuvo á cincuenta pasos del castillo, Michel oyó sonar en la ventana la voz áspera de su madre, y alegróse de no haber pasado por allí como aquel sugeto.

—¿Sois vos, Michel? preguntó la baronesa. —Nó, señora, nó; respondió una voz que el mancebo con medrosa admiración conoció ser la del colono; en verdad que honráis sobremanera al pobre Courtin tomándole por el señor barón. —¡Santo Dios! exclamó la baronesa, ¿qué os trae? —¡Ah! sospecháis que algo importante ha de haber para venir á estas horas, ¿no es cierto, señora baronesa? —¿Le ha sucedido á mi hijo alguna desgracia?

El mancebo oyó pronunciar estas palabras á su madre con un acento tan angustiado, que se conmovió hondamente é iba ya á salir de su escondite para tranquilizarla; pero la respuesta casi inmediata de Courtin le hizo desistir de su buen propósito y volvió á colocarse tras la esquina.

—¡Quiá, señora! contestó el colono; el mozo (si me es lícito llamar así al señor barón) está bueno y sano á Dios gracias, hasta ahora por lo menos. —¿Cómo! ¿hasta ahora? exclamó la baronesa. ¿Está próximo á correr algún peligro? —¡Pse! dijo Courtin, ello dirá. No seré yo ciertamente quien afirme lo contrario, si se deja engatusar por esas maulas que el diablo se lleve; y para precaver esta desgracia me he tomado la libertad de veniros á encontrar á media noche, seguro por otra parte de que habiendo notado la ausencia del señor barón no estaríais acostada todavía. —Y habéis hecho bien, Courtin; pero sepamos, ¿sabéis dónde está ese infeliz?

Courtin miró en derredor y contestó:

—Extraño á fe que aun no haya vuelto; he tomado á propósito el camino para dejarle el atajo que es un cuarto de

legua más corto. — Pero ¿de dónde viene? ¿En dónde estaba? ¿Por qué anda por el campo á las dos de la madrugada sin tener en cuenta mi zozobra, sin pensar que pone en peligro su salud y la mía? — Señora baronesa, dijo Courtin, ¿no os parece que son muchas preguntas esas para contestarlas todas desde aquí, al raso?

Y añadió bajando la voz:

— Es tan grave lo que tengo que deciros, señora baronesa, que os conviene mucho oírlo en vuestro aposento; á más de que si el señorito no ha llegado todavía al castillo, no puede tardar, añadió el colono dirigiendo una inquieta mirada en derredor, y no me gustaría que supiese que le sigo los pasos aunque sea por su bien y sobre todo por prestaros un servicio. — Entrad pues, exclamó la baronesa, tenéis razón, entrad pronto. — Perdonad, señora baronesa; pero ¿por dónde? — Es verdad; la puerta está cerrada. — Si la señora baronesa tuviese la bondad de echarme la llave... — Está en la cerradura por la parte de dentro. — ¡Ah! ¡entonces!... — Para ocultar á la servidumbre los extravíos de mi hijo, he hecho que se acostasen los criados; pero esperad, voy á llamar á la doncella. — No hagáis tal, señora baronesa, repuso Courtin; no hay necesidad de mezclar á nadie en nuestros secretos. Además, me parece que las circunstancias son bastante graves para que la señora baronesa pueda prescindir por esta vez de la etiqueta. Bien sabe todo el mundo que no os corresponde abrir la puerta á un pobre colono como yo; pero una golondrina no hace verano y estamos en un caso excepcional que lo disculpa todo. Si todos duermen, mejor que mejor, de este modo no nos importarán los curiosos. — En verdad que me ponéis en cuidado, Courtin; respondió la baronesa contenida en efecto por un sentimiento de orgullo pueril que no se ocultó al colono; esperad, estoy resuelta.

La baronesa se retiró de la ventana, y al cabo de algunos instantes Michel oyó rechinar la llave y los cerrojos de la puerta del castillo. Al principio escuchó lleno de angustia; pero luego observó que su madre y Courtin llevados de su preocupación habían entrado sin acordarse de volver á cerrar aquella puerta que con tanta dificultad acababa de abrirse.

Esperó algunos segundos á fin de darles tiempo para llegar á los pisos superiores, y corriendo á lo largo de la pared subió las gradas de la fachada, empujó la puerta que giró sobre sus goznes sin hacer el menor ruido y encontróse en el

vestíbulo. Su primer proyecto había sido entrar en su cuarto y allí esperar los acontecimientos que pudiesen sobrevenir fingiendo que dormía, en cuyo caso habría sido difícil precisar la hora de su regreso y hasta habría podido salir del apuro recurriendo á una mentira audaz; mas las cosas habían cambiado mucho desde que había tomado aquella determinación, pues Courtin le había seguido, y sabía indudablemente la guarida del conde de Bonneville y su compañero.

Al hacerse esta reflexión, Michel se olvidó por un momento de sí mismo para no pensar sinó en la seguridad de su amigo á quien el colono con sus harto conocidas opiniones podía comprometer bastante. En lugar de subir al segundo piso, detúvose en el primero; en vez de subir á su aposento, escurióse pasito á paso á lo largo del corredor hasta el cuarto de su madre, á cuya puerta se puso á escuchar.

— ¿Con que creéis, Courtin, preguntaba la baronesa, creéis seriamente que mi hijo ha caído en las redes de esas miserables? — Estoy seguro de ello, señora, y temo que os cueste mucho librarle de ellas. — ¡Unas muchachas sin blanca! — ¡Caramba! Su linaje es de los más ilustres del país, señora baronesa, dijo Courtin para sondear el terreno; y para vosotros los nobles, eso no es un grano de anís, á lo que parece. Aparte el respeto que os debo, señora baronesa, se me antoja que el señorito aun no lo ha reflexionado muy bien, ni sabe á punto fijo el sentimiento que le inspiran esas damiselas; pero estoy seguro, eso sí, de que va á comprometerse de otro modo y muy gravemente. — ¿Qué quereis decir, Courtin? — ¡Diantre! respondió el colono, yo, señora baronesa, os amo y respeto, y sentiría en el alma verme en la necesidad de prender á mi amo el señor barón.

Michel se estremeció al oír estas palabras; pero más se conmovió la baronesa.

— ¡Prender á Michel! exclamó la baronesa irguiéndose; me parece que os permitís ser descomedido, maese Courtin. — ¡Libreme Dios, señora baronesa! — Pero... — Es verdad que soy vuestro colono, continuó Courtin haciendo con la mano á la altiva matrona una señal para que se calmase; estoy obligado á daros cuenta exacta de las cosechas, pues os toca la mitad de ellas, y á pagaros puntualmente el arriendo, lo cual hago lo mejor que puedo á pesar de los malos tiempos; pero antes que colono vuestro, soy ciudadano y alcalde, y en

este concepto tengo deberes que cumplir, señora baronesa, por más que me pese.—¿Qué historia me estáis contando, maese Courtin? ¿Qué tiene que ver mi hijo con vuestra calidad de ciudadano y de alcalde?—¿Qué tiene que ver! Mucho señora baronesa: vuestro hijo está en relaciones con los enemigos del Estado.—No ignoro, repuso la baronesa, que el señor marqués de Souday tiene opiniones muy exageradas; pero no se me alcanza que los amores de Michel con alguna de sus hijas puedan llegar á constituir un delito para él.—Esos amores le llevarán más lejos de lo que creéis, señora baronesa; yo soy quien os lo dice; bien sé que no ha hecho más que meter el pico en el agua turbia que se agita en torno suyo, pero eso basta y sobra para ofuscarle la vista.—¡Eal basta de metáforas y vamos claros, Courtin...—Corriente, señora baronesa, voy á deciros lisa y llanamente la verdad. Esta noche, después de presenciar la muerte del viejo chuan Tinguy á riesgo de traer al castillo la fiebre maligna y después de haber acompañado á su casa á la mayor de las Lobas, el señor barón ha servido de guía á dos aldeanos, que ¡Dios me perdone! tanto tenían de aldeanos como yo de caballero, acompañándoles al castillo de Souday.—¿Quién os lo ha dicho, Courtin?—Yo que lo he visto, señora baronesa: tengo buenos ojos y les doy crédito.—Pero ¿quiénes son según vuestro parecer aquellos dos aldeanos?—El uno, ¡lo juraría con la mano en el fuego! era el conde de Bonneville, chuan rematado, no hay que negármelo, pues ha estado mucho tiempo en el país y le he conocido; en cuanto al otro...—Acabad.—El otro, si no me engaño, es algo más todavía.—Sepamos, Courtin.—Nada, nada, señora baronesa; si es preciso, y no dudo que lo será, diré su nombre á quien corresponda.—¡Cómo! ¿Acaso pensáis delatar á mi hijo? exclamó la baronesa asombrada al oír el tono del labriego, comunmente tan humilde con ella.—En efecto, señora baronesa, contestó Courtin con aplomo.—¿Es posible?—Y tanto, señora baronesa, que ya estaría caminando para Montaigu y quizá para Nántes, si no hubiese querido venir primero á advertiros que velaseis por la seguridad del señor barón.—Pero aun suponiendo que Michel no esté complicado en este asunto, dijo vivamente la baronesa, vais á comprometerme con mis vecinos y á atraer tal vez terribles represalias sobre la Logerie.—Defenderemos la Logerie, señora baronesa.—Courtin...—¡Oh! Yo ví la gran guerra, señora baronesa; aunque entonces era chicuelo, me

acuerdo de ella, y á fe de Courtin, tengo muy pocas ganas de volverla á ver. No me daría mucho gusto ver mis veinte fanegas de tierra convertidas en campo de batalla y mis mieses devoradas por unos y quemadas por otros; tampoco me gustaría tener que restituir los bienes nacionales, cosa que no dejará de suceder si triunfan los blancos. De mis veinte fanegas, las cinco proceden de bienes de emigrados, han sido bien compradas y pagadas, y forman la cuarta parte de mi hacienda. ¡En fin! el gobierno cuenta conmigo y quiero justificar su confianza.—Todo eso está muy puesto en razón, Courtin; pero me parece que el asunto no es tan grave como os figuráis, replicó la baronesa á punto ya de descender á la súplica.—Gravísimo, señora baronesa; soy un rústico campesino; mas para el caso valgo tanto como otro cualquiera, porque soy muy amigo de escuchar y tengo el oído muy sutil; el país de Netz está agitado, y por poco que se atice el fuego, la efervescencia será general.—Os equivocáis, Courtin.—No tal, señora baronesa, no tal. ¡Cuando os digo que sé lo que sé! Los nobles se han reunido tres veces ¡vaya! Una en el castillo de Souday, otra en casa de ese á quien llaman Luis Renaud, y otra en casa del conde de Saint-Arnaud; todas esas reuniones huelen á pólvora, señora baronesa. A propósito: hay dos quintales de pólvora y una cantidad más que regular de sacos de balas en casa del párroco de Montbers; por último, y esto ya es más grave... ¡qué diantre! ya que es preciso ser claros... se está esperando en el país á la duquesa de Berry, y por lo que acabo de ver, creo tal vez no la hayan de esperar mucho tiempo.—¿Por qué?—Porque presumo que ya está aquí.—¡Cielos! ¿En dónde?—En el castillo de Souday, ¡pardiez!—¿En el castillo de Souday?—Sí, al cual la ha acompañado indudablemente esta misma noche el señor barón.—¡Michel! ¡Ah! ¡Infeliz! Vos nada diréis ¿no es verdad, Courtin? Lo quiero, os lo mando. Pero nó; el gobierno ha tomado medidas, y si la duquesa intentase entrar en la Vendée sería detenida antes de llegar.—Lo cierto es que ya está en ella, señora baronesa.—Razón más para que nada digáis.—¡Ya! y perderé la gloria y los beneficios de semejante captura, sin contar que si dejo que otro lo verifique, entretanto arderá el país y correrá sangre. Nó, señora baronesa, no puede ser.—¿Qué haré ¡gran Dios! qué haré?.....—Oíd, señora baronesa, dijo Courtin, voy á deciros lo que hay que hacer.—Hablad, Courtin, hablad.—Como

sin dejar de ser buen ciudadano quisiera seguir portándome como celoso y leal servidor vuestro; como espero que en pago de lo que haga por vos me cederéis el arriendo de las tierras con condiciones aceptables, callaré el nombre del señorito; pero por vuestra parte procurad que en lo sucesivo no vuelva á meterse en semejante berengenal, pues si esta vez podemos sacarle bien librado, podría ser muy bien que la segunda....—Perded cuidado, Courtin.—Ya, pero... señora baronesa, murmuró el colono.—¿Qué más?—¡Caramba! No me atrevo á dar un consejo á la señora baronesa, pues no me corresponde.—Hablad, Courtin, hablad.—Tengo para mí que lo mejor sería decidirle con ruegos ó amenazas á trasladarse á París.—Sí, Courtin.—Sí, pero él no querrá.—Hará lo que yo mande.—Dentro de un año cumplirá veinte y uno: poco le falta para ser mayor de edad.—Yo os aseguro que partirá, Courtin; mas ¿qué tenéis?

En efecto, el colono escuchaba atentamente hacia la puerta.—Me parece haber oído pasos en el corredor.—Cercioraos. Courtin cogió la luz y salió.

—No hay nadie, dijo al volver; y sin embargo, he oído pasos.—¿En dónde creéis que puede estar á estas horas ese cuitado?—¿Qué sé yo! Quizás en mi casa esperándome; el señorito tiene en mí mucha confianza, y no sería esta la primera vez que viniese á comunicarme sus disgustillos.—Tenéis razón, Courtin; podría ser. Idos á casa y sobre todo no olvidéis vuestra promesa.—Ni vos tampoco, señora; si vuelve, arrestadle, no le deis ocasión de volverse á ver con las Lobas, pues entonces...—¿Qué, Courtin?—No me admiraría de saber que el día menos pensado anda por ahí con el fusil al hombro.—¡Ah! ese muchacho me matará á pesares. ¡En mal hora tuvo mi marido la idea de volver á este maldito país!—Sí, en mal hora, señora baronesa, sobre todo para él.

La baronesa bajó tristemente la cabeza al evocar Courtin este recuerdo, y el colono se marchó después de explorar los alrededores cerciorándose de que nadie podía verle salir del castillo.

## XIV

## DIPLOMACIA DE COURTIN

Apenas había andado Courtin doscientos pasos, cuando oyó un ligero ruido en los matorrales; apartóse con presteza, y poniéndose en guardia con un bastón que en la mano llevaba, gritó:

—¿Quién va?—Amigo, contestó una voz juvenil, apareciendo á la orilla del sendero el que acababa de pronunciar esta palabra.—¡El señor barón! exclamó el colono.—El mismo, Courtin.—¿Adónde vais á estas horas? ¿Qué diría la señora baronesa si supiese que aun andáis por el campo? preguntó el colono fingiendo sorpresa.—Pues ahí verás, Courtin.—¡Caramba! contestó el colono con bellaquería; sin embargo, es de suponer que el señor barón tendrá sus razones para obrar de este modo.—Sí, y en tu casa las sabrás.—¡En mi casa! ¡Vos en mi casa! exclamó Courtin atónito.—¿Te niegas á recibirme en ella?—Ni pensarlo. ¿Cómo he de negaros la entrada en una casa que al fin y al cabo os pertenece?—Entonces, como ya es tarde, no perdamos tiempo; echa á andar; te sigo.

Courtin obedeció, aunque receloso del tono imperativo de su amo; y á unos cien pasos después de subir una escalera, atravesó el huerto y entró en la sala baja del cortijo, la cual servía de sala común y de cocina; allí reunió algunos tizones del hogar, y cogiendo uno que aun ardía, soplólo, encendió una vela de cera amarilla y la dejó sobre la chimenea. Solo entonces, y á la luz de aquella bujía reparó en lo que no había podido observar á la claridad de la luna: que Michel estaba pálido como un muerto.—¡Ah! ¿Qué tenéis, señor barón?—Courtin, respondió éste frunciendo el ceño, he oído tu conversación con mi madre.—¡Hola! exclamó sorprendido el colono.

Mas luego se repuso y preguntó:

—¿Y qué?—Tú abrigas grandes deseos de conseguir la